MALI, EPICENTRO DE LA INSURGENCIA YIHADISTA EN EL SAHEL

David NIEVAS BULLEJOS
Doctor en Estudios Árabes e Islámicos

Introducción

ESDE el año 2012, Mali se ha convertido en un motivo de preocupación internacional debido a la inestabilidad que de allí ha emanado y a la emergencia del terrorismo internacional. Cabe recordar que el país africano era considerado antes de 2012 un ejemplo de democracia africana por la comunidad internacional que hacía bien sus deberes respecto al avance en el desarrollo y la mejora de los estándares de vida de sus ciudadanos. Desde la llegada de la democracia a principios de la década de los 90, los sucesivos gobiernos salidos de las urnas habían conseguido cumplir con los ordenamientos económicos para seguir en la necesaria senda del desarrollo y la libertad, y las subsiguientes elecciones, aparentemente limpias y libres, habían dado una alternancia política pacífica en la presidencia en el año 2002. El conflicto en el norte del país entre el Estado y una parte de la comunidad tuareg era un elemento que no había terminado de solucionarse tras el cambio de régimen en los años 90, pero era un disputa de baja intensidad que no comportaba ninguna amenaza seria a la estabilidad de la zona donde se enmarca el país, la región sáharo-saheliana.

Estos hechos hacían que la percepción regional e internacional sobre Mali fuera la de un país tranquilo y sin grandes problemas —más allá de los humanitarios, que podrían engendrar un déficit en la seguridad alimentaria— y que también era considerado como un socio económico y comercial más en su despegue hacia el desarrollo. Esto contrasta con la imagen que se tiene actualmente del país africano, un territorio donde la democracia ha estado en peligro en el año 2012 y que ha sido y es lugar de refugio y actividad de varios grupos

terroristas yihadistas que no solo amenazan seriamente la seguridad de la región del Sahel, sino también la propia seguridad europea. A comienzos de 2012, los propios malienses y la comunidad internacional descubrieron que sus problemas eran profundos, cuando estalló la rebelión armada tuareg. Esta destapó una crisis política y de seguridad sin precedentes, que evidenció las graves deficiencias del Estado y sus consecuencias, entre ellas la larvada presencia de agrupaciones terroristas en el norte y su capacidad para golpear tanto en Mali como en los países de la región.

La génesis del terrorismo yihadista en el Sahel

Para entender cómo Mali se ha convertido en zona de actividades y de refugio de los grupos terroristas yihadistas en el Sahel, es necesario echar la mirada atrás algunos años. Con el fin de contextualizar el fenómeno, y para reseñar más tarde la evolución que ha tenido desde lo global hacia lo local, es óbice recordar que tras la derrota del Grupo Islámico Armado (GIA) en Argelia, el Grupo Salafista de Predicación y Combate (GSPC) se refugió a finales de los años 90 en las comunidades del desierto del norte de Mali, aprovechando la debilidad de sus estructuras de autoridad y de las de los estados vecinos del Sahel. Se cree que los líderes argelinos estrecharon lazos de sangre con las poblaciones locales, como uno de sus cabecillas, el argelino Mojtar Belmojtar, que tomó en matrimonio a varias mujeres, asegurándose la simpatía y la colaboración de algunas poblaciones de la zona. Asimismo, es adecuado puntualizar que estos individuos también se ganaron la integración en estas comunidades mediante la aportación de servicios básicos que el débil Estado maliense denegaba a las situadas lejos del alcance gubernamental. En 2007, el líder de la organización, el argelino Abdelmalek Droukdel, anunció que la red pasaba a denominarse Al Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI), sometiéndose a las órdenes de Al Qaeda central como franquicia en el norte de África. Por tanto, AQMI y sus miembros se establecieron cómodamente en el norte de Mali, beneficiándose de los déficits del Estado en las zonas del norte del país y también gracias a una controvertida política de no agresión directa del presidente maliense Tumani Turé (2002-2012), lo que les permitió disfrutar de una gran logística y organización en la zona antes de 2012.

Así, Al Qaeda en el Magreb Islámico fue el embrión de la nebulosa yihadista que hoy conoce Mali y países de la región, como Burkina Faso o Níger. Si los primeros ataques en torno a los años 2005 y 2006 fueron en el vecino Estado de Mauritania, el repliegue fue en Mali, lugar donde no había protagonizado ningún acto de amplitud hasta 2012, en el que destacó como un actor más de relevancia en el conflicto que enfrentó a la rebelión tuareg con el Estado maliense. Aunque los principales cabecillas yihadistas eran argelinos, y por tanto extranjeros para la zona donde se asentaban, en años posteriores se

evidenció una tendencia que ha ido afianzándose: la incorporación a la filas yihadistas de población autóctona, incluso algunos de ellos se convertirán en líderes. Un primer ejemplo de ello fue la aparición del Movimiento por la Unicidad y la Yihad en África del Oeste (MUYAO). El grupo fue la primera escisión de AQMI, fechada en 2011, cuando anunciaron su existencia con motivo del rapto de tres cooperantes europeos, dos de ellos españoles, en el campo de refugiados de Tinduf, Argelia. Desde entonces, la banda, hoy dividida en otras agrupaciones con cierta base local, reivindicó la expansión de la yihad armada a todo el África occidental, enfatizando que sus miembros y líderes no son argelinos, en contraposición con AQMI, sino con un componente local importante del norte de Mali.

La ocupación yihadista del norte de Mali

Tras el éxito inicial de la rebelión tuareg en el norte de Mali a principios de 2012, las organizaciones autodenominadas yihadistas no dudaron en sumarse a los enfrentamientos con el Gobierno maliense con el objetivo de crear un Estado Islámico y yihadista en el norte del país. Su gran potencial armamentístico, distribuido en las diferentes brigadas repartidas geográficamente en la zona, les reportó un importante peso en la expulsión del Estado maliense. Tras la derrota del ejército, las organizaciones pasaron a controlar durante varios meses las ciudades de Tombuctú y de Gao, así como la región de Kidal, que se cree que compartieron con otro grupo armado, el Ansar ad-Din, del exlíder maliense tuareg Iyad Ag Ghaly. Esta agrupación, originaria del norte del país, finalmente pasó a sumarse a la galaxia yihadista, confirmándose la evolución del movimiento en la zona de una clave extranjera hacia una más local.

Durante esos meses de control de ciudades y de regiones en el norte y centro de Mali, se pusieron de manifiesto algunos de los elementos que han hecho que, a pesar de la intervención internacional militar en el país en 2013, los grupos autodenominados yihadistas sigan teniendo éxito de reclutamiento y cierta simpatía entre algunas de estas comunidades. En un principio el grupo rebelde Movimiento de Liberación Nacional del Azawad (MNLA) ocupó las principales ciudades, pero su control duró poco, ya que fue rápidamente usurpado por los miembros de AQMI, MUYAO y Ansar ad-Din. Estos grupos pasaron a administrar ciudades y poblaciones apoyándose en las viejas rencillas locales entre comunidades étnicas e intraétnicas y en la situación de inseguridad y desorden que la conquista por el MNLA había causado en lugares como Gao o Tombuctú. Los grupos autodenomindos yihadistas promulgaron la bandera del islam y pusieron el foco en la igualdad entre etnias y la impartición de ley y orden mediante la aplicación subjetiva de la ley islámica o *sharía*. Los líderes yihadistas supieron conectar con las poblaciones y ser aceptados como mediadores y administradores en un momento convulso para

la zona tras el estallido de la rebelión mayoritariamente tuareg y la imposición de un orden liderado por algunos de sus clanes en ausencia del Gobierno maliense. En los últimos años, algunos de estos elementos mencionados han vuelto a ser explotados por los grupos yihadistas y son apreciados por algunas comunidades de la zona. Esto ayudaría a explicar por qué se mantienen activos y con capacidad de reclutamiento a pesar de los grandes esfuerzos internacionales por la reconstrucción y la rehabilitación del Estado maliense y de sus capacidades militares.

La respuesta internacional

Desde 2013, la comunidad internacional, alertada por la presencia de amplios grupos terroristas en la zona, ha desplegado grandes esfuerzos civiles y militares para intentar contener la amenaza yihadista. Debido a la globalización, a la gran interconexión humana y geográfica entre la zona del Sahel y la vecina del Magreb (Argelia, Marruecos, Túnez y Libia) y a la cercanía de esta región con las fronteras europeas, la Unión Europea, y especialmente países del sur como Francia y España, han interpretado que la seguridad de las fronteras de Europa no comienza en el Magreb, sino en la región saheliana, particularmente en Mali, dada la inestabilidad que allí emerge desde 2012. Es por ello que las respuestas internacionales han sido lideradas por la Unión Europea, encabezada por Francia, que se ha involucrado en el combate contra el

Soldados españoles de la Unidad de Protección de EUTM Mali rinden homenaje al infante de Marina Antonio Carrero Jiménez en el lugar donde falleció el pasado mes de mayo en Mali. (Foto: Ministerio de Defensa de España).

terrorismo con las operaciones SERVAL, BARKHANE Y EUTM Mali, esta última de adiestramiento de las fuerzas de seguridad malienses. Estas iniciativas, vigentes desde el año 2013, han sido completadas con el despliegue de los efectivos civiles y militares de Naciones Unidas en la misión MINUSMA.

Por tanto, en Mali existen diferentes operaciones internacionales que intentan complementarse en distintos ámbitos para la contención del conflicto y de la amenaza terrorista. Mientras que la operación francesa BARKHANE tiene el objetivo de contener la actividad terrorista de los diferentes grupos que pueblan el Sahel, la europea EUTM Mali pretende ofrecer la mejora de las capacidades de sus fuerzas de seguridad para que retomen por sí mismas las tareas de estabilidad y prevención del conflicto, especialmente tras su mal estado tras la derrota en 2012 frente a las milicias del MNLA y otros grupos armados. Por su parte, la MINUSMA tiene encomendada la relevante misión de aportar las capacidades necesarias para la estabilización del Estado maliense, especialmente en el convulso norte.

No obstante, desde 2015, coincidiendo con la firma del acuerdo de paz entre rebeldes árabes y tuaregs, grupos armados no rebeldes y el Gobierno de Bamako, la presión de los autodenominados yihadistas ha ido en aumento. El centro de gravedad de esta inseguridad, protagonizada por una cada vez mayor cantidad de bandas, se ha desplazado a las regiones del centro de Mali (Mopti y Ségou) y a las zonas fronterizas con Níger y Burkina Faso. Como ejemplo de la deletérea situación que se vive, en 2017 se produjo el peor atentado en el Sahel hasta la fecha, con cerca de 70 personas fallecidas en un campo militar en Gao y una serie de ataques mortales contra los cuarteles del Ejército maliense, que se cobraron la vida de varias decenas de militares.

La situación de seguridad se ha deteriorado desde 2015 y es necesario preguntarse el porqué. En 2017 se alcanzaron récords de ataques y muertes desde el inicio de las hostilidades, con más de 275 ofensivas contabilizadas. Mientras el acuerdo de paz para el norte de Mali sigue avanzando lentamente, sorteando todo tipo de obstáculos y la atomización de los grupos rebeldes, la violencia atribuida a los grupos yihadistas afiliados a Al Qaeda —como el nuevo Grupo de Apoyo para el Islam y los Musulmanes, o JNIM en sus siglas en árabe— o recientemente a Daesh —que también ha visto emerger una facción que juró lealtad a Al Baghdadi— se ha incrementado. La descomposición del Estado en el norte desde 2012 no ha sido respondida desde Bamako ni desde la comunidad internacional con una acción política decidida a abordar las causas del estallido de la violencia de los grupos armados tuaregs ni tampoco se han implementado todavía medidas dirigidas a contrarrestar el atractivo que los yihadistas siguen teniendo entre la población, especialmente en las zonas rurales, donde están teniendo mayor éxito en el reclutamiento.

A las respuestas internacionales antes mencionadas, se ha añadido una regional, llamada G-5 Sahel, que reúne esfuerzos comunes para la seguridad y

el desarrollo en los siguientes países sahelianos: Mauritania, Burkina Faso, Mali, Níger y Chad. La cooperación entre estos no es una idea nueva, ha sufrido diferentes formas e impulsos desde 2010 hasta su concreción práctica en 2014, espolvoreada por la inseguridad reinante desde la desestabilización de Mali en el año 2012. Parte de su creación responde a la ineficacia de las respuestas africanas a la seguridad en el seno de la Unión Africana. Inicialmente propuesto como una iniciativa de desarrollo regional, el G-5 se ha escorado paulatinamente hacia la cooperación militar y de seguridad entre los países miembros, especialmente para el control transfronterizo, incidiendo en el combate del terrorismo y los tráficos y con la vocación de una cooperación estrecha con la operación antiterrorista BARKHANE.

Los conflictos intercomunitarios

A lo que parece un progresivo enquistamiento del problema terrorista en el norte y centro de Mali y a la expansión de la amenaza a la zona norte de Burkina Faso y al oeste de Níger por la preocupante multiplicación de escisiones y nuevos grupos yihadistas —como el Estado Islámico del Gran Sáhara y Ansarul Islam—, se ha añadido últimamente la violencia intercomunitaria e interétnica en el centro del país. La zona centro no había vivido las tensiones sociopolíticas y étnicas que empujaron a las sucesivas rebeliones tuaregs en las regiones del norte; pero la violencia ha emergido aquí impulsada por otro tipo de tensiones intercomunitarias y de sentimientos de discriminación y de inseguridad entre las comunidades peul, fulfulde, bambara y dogon, entre otras, que también han sido aprovechadas por los yihadistas para incrementar su presencia en la zona. Estas tensiones intercomunitarias muchas veces son originadas por una creciente desconfianza entre sus miembros por la inseguridad reinante y la falta de impartición de justicia por el Estado, que en la mayoría de las ocasiones está ausente. Esto ha favorecido la imposición de un orden basado en las armas, donde los terroristas son bien recibidos en ocasiones por algunas comunidades con el fin de obtener protección y justicia, como ocurre con los peul y la creciente integración de sus jóvenes (aunque no solo) en las filas yihadistas, que explicaría también la existencia del grupo liderado por el predicador peul Amadú Kufa en las regiones centrales del país, hoy incluido en el JNIM.

Conclusiones

Como se puede inferir en estas líneas, Mali ha visto cómo se han larvado en su seno unos conflictos profundos que con el paso de los años y el fracaso del Estado han emergido violentamente desde 2012. La instalación de grupos

autodenominados yihadistas no ha sido el problema en sí, sino uno de los síntomas de una disfuncionalidad y una mala gobernanza durante años de democracia que no ha podido dar solución a problemas subyacentes, como la cuestión tuareg, la discriminación de comunidades étnicas, la falta de servicios básicos en gran parte del país, la desconexión del Estado del mundo rural o los tráficos ilícitos, entre ellos el de armas.

La amenaza terrorista, que ha pasado de ser algo extranjero a algo local, se ha visto favorecida por ese tipo de elementos, que le han permitido ofrecer resistencia a los amplios esfuerzos militares, policiales y civiles de la comunidad internacional, que colabora en la rehabilitación del Estado y de sus fuerzas de seguridad, incluida España. Cinco años después de la intervención militar francesa y de la puesta en marcha de la misión EUTM Mali, los hechos dan a entender que otros tipos de acercamiento son necesarios para contener la amenaza terrorista, así como la creciente violencia intercomunitaria, que resalta un creciente y preocupante repliegue identitario entre las distintas comunidades que pone más obstáculos para la convivencia en paz y el desarrollo de la zona. El G-5 puede ser una buena iniciativa, ya que pone en la misma mesa a los gobiernos vecinos con el fin de cooperar por el bien común, aunque está por ver si la actitud y la capacidad de dichas fuerzas de seguridad ante grupos muchas veces superiores en armamento y conocimientos logran contrarrestar la presencia de estos últimos.

Sin duda, ante los acuciantes problemas que sufre Mali y su reverberación en la región del Sahel, las medidas dirigidas a reforzar la presencia del Estado en todo el territorio y, en especial, a restaurar la legitimidad de este ante sus poblaciones y comunidades étnicas contribuirán con creces a complementar el combate policial y militar que llevan a cabo desde el año 2013 las fuerzas de seguridad nacionales y sus socios internacionales.

FE DE ERRATAS.—En el número correspondiente al mes de mayo de nuestra REVISTA, la imagen que aparece en la página 662, y que el autor del artículo atribuye a Jesús María Alía Plana, es en realidad una elaboración que realizó Pedro Fondevila Silva para la Cátedra de Historia Naval.

Por otra parte, en la página 97 de nuestra publicación del mes de julio, donde dice Luis V. Pérez Vigil, debe decir Luis V. Pérez Gil.

Rogamos disculpas a nuestros lectores por estos errores.

Rey servido y Patria honrada. Fragata *Álvaro de Bazán*.
(Foto: Alejandro Esperante Losada).